

Ingreso al Ministerio y primeros pasos

A comienzos de 1958, con 19 años recién cumplidos, aprobé los exámenes de ingreso al Ministerio de Relaciones Exteriores, en los breves meses que estuvo a cargo de Víctor Andrés Belaúnde. Fui admitido con la categoría administrativa de Ayudante 5to, como era entonces el primer paso hacia el Servicio Diplomático y destinado a la Dirección de Administración, responsable de la gestión económica y financiera del Ministerio. El Embajador Ricardo Valdivia, quien nunca sirvió el extranjero, era un maestro en los procesos administrativos del Estado y, con los modestos recursos de que se disponía, se las arreglaba para mantener la maquinaria funcionando.

La Dirección ocupaba apenas tres hacinados ambientes de la Casa Aspíllaga, construida a comienzos del siglo XIX como Casa de Aduana, pero de arquitectura muy distinta al contiguo Palacio de Torre Tagle, concluido en su versión actual en la primera mitad del siglo XVIII. La sección de pago de sueldos en Lima era dirigida por Agustín Fuentes Castro, hombre bueno y regordete, posiblemente la persona más querida en el Ministerio pues recorría los locales con un conserje que cargaba una caja con los sobres de pago quincenales. Y más importante aún, no sé si muy legalmente, nos adelantaba pequeñas sumas que se descontaban luego. Para celebrar su cumpleaños, se organizaban concurrecidos almuerzos con no pocos brindis y baile en los “jardines” entonces existentes en Magdalena.

Mi sección, ubicada en el primer ambiente, era la de Pagos al Exterior donde también tenían sus escritorios el director, el subdirector y otros funcionarios. Mi tarea era el seguimiento del proceso de autorización de egresos varios como planillas de sueldos y de gastos de embajadas y consulados, contribuciones a organizaciones internacionales, viáticos y otros, obtener la aprobación previa de la Contraloría General de la República y, finalmente, asegurar la llegada de los llamados “Libramientos” u órdenes de pago al Banco Central de Reserva, que preparaba y remitía por correo aéreo los cheques que era, en aquellos tiempos, la manera de enviar dinero.

La tarea podía considerarse rutinaria, pero yo le ponía mucho entusiasmo, llegando a correr entre los distintos locales del Estado, todavía ubicados en el centro de Lima, e insistir hasta personalmente con el muy digno Contralor, que era amigo de mi padre, para que autorizara de inmediato los pagos de sueldos en el exterior. Algún funcionario de otro sector me preguntó porque ponía tanto interés en que los diplomáticos recibieran lo más pronto sus haberes. Años más tarde, al recibir en París mi muy pequeño sueldo, entendí que cualquier retraso no era broma.

Además, tenía que seguir corriendo, literalmente, pues el Ministerio permitía a los funcionarios administrativos aspirantes al Servicio Diplomático que seguían estudios universitarios, que iniciaran sus labores a las diez de la mañana. Mi ingreso al Ministerio coincidió con el primero de cinco años en la Facultad de Derecho en la Universidad Católica, ubicada en el Jirón Lártiga distante algunas cuadras. No tenía problema con las dos primeras clases, pero también las había a otras horas de la mañana. Como no siempre conseguía un permiso para

ausentarme y la Facultad exigía mínimos de asistencia, no quedaba más remedio que dejar unos minutos la oficina y correr a la Facultad, ingresar subrepticamente a los salones de clase por alguna puerta trasera, decir presente en el pase de lista y retornar al trabajo. La cuestión se complicó aún más, cuando empezamos los cursos en la Academia Diplomática, que se encontraba en su etapa formativa y no exigía como hoy tiempo completo. Se dictaban entre dos y tres de la tarde, momento algo más tranquilo en la Cancillería, a finales del día y en oportunidades los sábados en la tarde, pues también se trabajaba la mañana de ese día. Caminar muy rápido se convirtió en un hábito y aún ahora, muchas veces debo retornar sobre mis pasos para andar al lado de Kille.

Tras dos años en la Dirección de Administración, fui trasladado por breve tiempo a la Dirección de Asuntos Legales, bajo la dirección del entonces Consejero Luis Marchand Stens con quien por muchísimos años hasta su fallecimiento fuimos cercanos y queridos amigos. Luego, con el nuevo Canciller Luis Alvarado Garrido, se estableció una pionera oficina de Estudios Políticos. Su tarea, distinta a todas las demás reparticiones de la Cancillería, no era operativa sino más bien reflexiva y propositiva. Acertadamente, se confió su dirección a Enrique González Dittoni, estudioso y brillante diplomático que supo encaminar ese novedoso propósito de lo que ahora se llamaría estudios y planeamiento. Merecidamente admirado por jóvenes y mayores y destinado a las más altas posiciones, falleció con apenas 43 años, poco tiempo después de ocupar la Embajada en Suiza. Cuanta falta le hizo al Servicio y al país y cuanta gratitud le debemos muchos. Fue sucedido por Gonzalo Fernández Puyó Embajador muy competente y de gran simpatía, quien tras su destacada carrera fue por muchos años Profesor de Derecho Diplomático en la Academia Diplomática y Presidente de la Sociedad Peruana de Derecho Internacional.

La Oficina de Estudios Políticos fue para mí fue una experiencia sumamente enriquecedora. Entonces no existía ninguna de las herramientas de que disponemos hoy para obtener información, hasta enlatada si la deseamos. Con medios que ahora llamaríamos artesanales como noticias de diarios, algunas publicaciones y despachos de nuestras Embajadas y Representaciones en los organismos internacionales, debíamos compilar información, clasificarla, mantenerla actualizada y, más importante aún, tratar de extraer de todo ello apreciaciones que pudieran servir a las autoridades de Cancillería para sus decisiones.

El Canciller Alvarado Garrido era persona de carácter fuerte, pero también de notable bagaje intelectual y profesional. Reconocido especialista en Derecho Internacional Privado fue también un joven Embajador y por años Sub-Director de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra. Retornó al servicio del país como Embajador en Bolivia y al poco tiempo el presidente Prado lo designó Ministro de Trabajo. Al sentido fallecimiento del muy ilustre hombre público, diplomático y humanista Raúl Porras Barnechea, pasó a sucederlo en el Ministerio.

De su enérgica gestión, recuerdo especialmente dos temas. Su decidida actuación con el Embajador Especial Guillermo Hoyos Osoreo para continuar la tarea iniciada por su predecesor, cual era obtener de los Países Garantes del

Protocolo de Rio de Janeiro una categórica Declaración que rechazaba de la manera más explícita la absurda e ilegal declaración de nulidad del Tratado, proclamada por el siempre impredecible Presidente Velasco Ibarra, quien elegido cinco veces a la Presidencia nunca pudo completar ni uno de sus mandatos. Fue un momento trascendente de la diplomacia peruana.

Del mismo modo, se empeñó a fondo en la candidatura del expresidente José Luis Bustamante y Rivero a la Corte Internacional de Justicia. Esta candidatura era considerada por algunos como perdida de antemano, pues el Canciller de Paraguay Raúl Sapena Pastor, no desprovisto de competencia académica y diplomática, había trabajado su candidatura por largo tiempo. La decisión exigió no pocas votaciones y fue el tesón del Canciller lo que logró, voto a voto, que finalmente fuera elegido nuestro eminente hombre público. No creo que Alvarado Garrido haya recibido el reconocimiento que se había ganado a pulso, pero lamentablemente en el Perú esa no era ni es una excepción.

En 1962, a finales del segundo gobierno del Presidente Manuel Prado, se produjo un golpe militar y fue nombrado para ocupar la Cancillería el Almirante Luis Edgardo Llosa. Este designó para la Jefatura de su Gabinete a Felipe Valdivieso Belaúnde, a quien había conocido un tiempo atrás en Washington, cuando asistí a un programa de información sobre la Organización de Estados Americanos. Felipe gestionó mi traslado al Gabinete del Ministro, en el que laboré durante ese periodo y, al retorno de la democracia, con el nuevo Canciller Fernando Schwalb López Aldana, esta vez bajo la jefatura del entonces Ministro Julio Ego Aguirre Álvarez, quien continuaría su destacada carrera llegando a ser Secretario General de Relaciones Exteriores dos veces y con quien siempre tuvimos la mejor amistad.

También la tarea en el Gabinete del Ministro fue una magnífica experiencia para mí, entonces recién incorporado al Servicio Diplomático como Tercer Secretario. Primero, por la presión del trabajo pues las cosas no podían esperar y siempre era necesario mantener la atención, actuar con diligencia, cuidar los detalles y olvidarse de los horarios. Pero también permitía aproximarse a una diversidad de temas y problemas pues, como suele ser en la administración pública, muchas cosas terminan llegando a la cabeza. Tanto el Almirante Llosa como el Dr. Schwalb eran personas de alta calidad profesional y del trato más correcto que se pueda pedir. De ellos y mis jefes y compañeros del Gabinete guardo el más respetuoso y agradecido recuerdo. Al Gabinete, siguió mi primera designación para servir en el extranjero como Vice Cónsul en París.

Relativamente pronto en el Servicio Diplomático, me empezaron a interesar los temas de la seguridad internacional, la defensa, las Fuerzas Armadas y el desarme. Fui influido, como seguramente muchos de mis colegas y no pocos ciudadanos, por las recurrentes preocupaciones sobre la posibilidad que nuestro país se viera envuelto en nuevos conflictos.

Naturalmente, estos temas no involucraban exclusivamente los ámbitos militares sino también al Ministerio de Relaciones Exteriores. Generaciones de diplomáticos peruanos realizaron grandes y meritorios esfuerzos en la defensa de los derechos e intereses del país y en particular en la larga y muy difícil

definición de su perfil territorial. Fueron muchas las personalidades eminentes y respetables que dedicaron buena parte de su vida a esas nobles y esenciales tareas.

Estando en Cancillería admiraba, como todos mis contemporáneos, las actuaciones de los Cancilleres Raúl Porras Barrenechea, Luis Alvarado Garrido y otros; pero también la del Embajador Alberto Wagner de Reyna, la tarea de décadas del Embajador Bolívar Ulloa de quién se decía que conocía cada punto de las fronteras del país y del Embajador Especial Guillermo Hoyos Osoreo en la gestión antes mencionada.

En mi interés académico por esos temas y por varias décadas, me fui adentrando mediante lecturas, conferencias y el año académico que pasé en Oxford, llegando a formar opiniones y consideraciones personales que he tratado de ir exponiendo por medio de artículos, conferencias, coloquios, ensayos e inclusive algunos libros. Me fui haciendo conocido como persona interesada y fue muy grato y honroso que llegara a recibir alrededor de medio centenar de invitaciones de organizaciones internacionales y gobiernos e instituciones de muy distintos países para participar en eventos relacionados con esos temas.

Entre amigos, bromeaba diciendo que la seguridad y el desarme no me habían dado dinero; pero si la vuelta al mundo con invitaciones a América del Norte, América Latina, Europa y hasta África y Asia. Conocí muchas personas y países, pero principalmente puntos de vista tantas veces novedosos y enriquecedores. Último pero no menos, fue honroso ser parte de tres Grupos de Expertos Gubernamentales que en el ámbito de Naciones Unidas prepararon sendos estudios sobre seguridad internacional, medidas de fomento de la confianza y educación para el desarme; y, exclusivamente a título personal, ser requerido por varias organizaciones internacionales como consultor en temas relativos a la seguridad internacional y al desarme.

Con mi nombramiento a París, se inició mi servicio en el exterior. Quedo endeudado con los superiores que no solamente me mostraron gran consideración, sino también estuvieron dispuestos a encargarme tareas que implicaban ir ganando experiencia, práctica y conocimiento. Ascendí a Segundo Secretario mientras servía en la Embajada en Francia; a Primer Secretario en 1969 en Lima y a Consejero al retornar de un año de estudios en Oxford en 1973. Trabajando como Representante Alterno en Naciones Unidas en Nueva York fui ascendido a Ministro y siete años después, retornando a Cancillería tras ocupar la Embajada en Yugoslavia, fui ascendido a Embajador en 1982.